



# AULA DE DIOS.

---

POEMA DEL PADRE CARTUJO

Fray Miguel de Dicastillo,

REFUNDIDO POR

*Hermilio de Olóriz.*

---

Tirada: 1.000 ejemplares.

---

PAMPLONA

*Imprenta, librería y encuadernación de N. Aramburu*  
San Saturnino, 14, y Curia, 17 y 19.

1897.





IRATXE

LIBRERIA  
ANTICUARIA

Monasterio Iratxe, 15  
Pamplona-Iruñea

# AULA DE DIOS.

POEMA DEL PADRE CARTUJO

Fray Miguel de Dicastillo,

REFUNDIDO POR

*Hermilio de Olóriz.*

Tirada: 1.000 ejemplares.

PAMPLONA

Imprenta, librería y encuadernación de Nemesio Aramburu  
San Saturnino, 14, y Curia, 17 y 19.

1897.





## AULA DE DIOS <sup>(1)</sup>

---

Teodoro á Silvío.

---

En este valle ameno,  
en que el querub humano, el Santo Bruno,  
de fe cristiana y de virtudes lleno,  
vió edificar alcázar esplendente  
que el Gállego retrata en su corriente;  
aquí donde jamás el austro frío  
marchita de la tierra los verdores,  
ni el rigor desusado del estío  
agosta frutos ni deshoja flores;  
aquí donde el Autor Supremo quiso

---

(1) El P. Mignal de Diecastillo, por algunos llamado *del Castillo*, vió la primera luz en la ciudad de Tafalla y floreció en el siglo XVII.

copiar el paraíso;  
donde estos siempre alegres penitentes  
la culpa del primero  
redimen con sollozos,  
que su santa virtud convierte en gozos,  
nuestro gran fundador mostró su celo,  
en un vergel, encanto de la tierra,  
las altas torres levantando al Cielo.

¡Cómo decir lo noble y suntuoso  
de máquina tan suya y excelente!  
pero ya que me pides amoroso  
que todo lo describa y te lo cuente,  
yo, que con gusto á dártele me inclino,  
te tornaré en curioso peregrino  
y, oyéndome y siguiéndome, el encanto  
de este dulce sosiego  
y la paz venturosa á que me entrego,  
hallarás tras las notas de mi canto.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

El agua trasparente  
sobre un lecho de arenas  
sosegada desliza su corriente,  
que alza rumor apenas,

y baña un ancho valle  
tapizado de lirios y azucenas.

En él es todo paz, todo hermosura,  
le da el aura frescura,  
perfume embriagador le dan las flores,  
misterio el bosque umbrío,  
su canto el ave, su murmullo el río.

En este fértil valle se alza un templo,  
de perfección ejemplo,  
santo refugio, plácido retiro  
de la virtud cristiana,  
en donde nunca la locura humana  
dejó escuchar un eco ni un suspiro.

Aquí el silencio á meditar convida,  
aquí el ánimo advierte  
que un sueño es nuestra vida,  
que la verdad empieza tras la muerte.

¡Ay, fiel amigo mío!  
mira que el mundo á quien le adora, engaña,  
y es como verde caña  
que ufana encubre su interior vacío.

Aquí, si el bien humano considero  
de dulce halago en apariencia sola,



hallo que el más seguro y verdadero  
es en su duración como una ola;  
ola que nace y crece  
y cuanto más soberbia nos parece  
y resonando su poder celebra,  
si el viento su poder no desvanece,  
en ruín escollo sus cristales quiebra.

De qué te sirve, pues, ¡oh poderoso!  
acumular caudales,  
cubrir el mar de máquinas navales,  
querer ceñirte de laurel glorioso?...  
¿De qué en los campos allegar arados  
ó los orbes rendir con tus soldados,  
si no puedes domar á ese enemigo  
que cauteloso va siempre contigo?

¿De qué te sirve en tu retiro, avaro,  
atesorar sin tino y sin reparo  
prolija multitud de ansiados bienes,  
si deseas aún más de lo que tienes,  
y en tu anhelo infinito  
no puedes saciar nunca tu apetito?

Aunque ufano poseas  
cuanto en tu loco delirar deseas,  
aunque todo te sobre,  
como tú afán con lo logrado crece,

bien puedes en razón llamarte pobre,  
pues rico es sólo aquel que no apetece.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Este es aquel desierto  
que en acento sonoro  
David predijo en cítara de oro;  
éste es aquel, tan dulce y apacible,  
en donde el alma trata solamente  
de á toda tentación ser invencible,  
y anhelando la patria apetecida,  
alcanzar santa muerte y dulce vida.

Aquí las del amor suaves cadenas  
unen los corazones; en Dios puestos,  
borrando están sus culpas con sus penas;  
y así en el aspirar á eterna palma  
padece el cuerpo, pero goza el alma.

¿Describiré yo agora  
la vida en estos valles solitarios,  
donde el reposo mora?  
¡Tan grande es su dulzura  
que puedes ver en cada monje un angel,  
cuya mirada está fija en la altura!  
Así tan solo entenderás su vida

á la del justo en todo parecida.....  
 Pero ¿quién podrá haber, Silvio, que cuente  
 de estos cartujos el fervor ardiente?  
 ¿quién el dulce sosiego  
 con que se abrasan en el puro fuego  
 de aquella eterna llama  
 cuyo calor el universo inflama?  
 ¿Quién la humildad profunda  
 en cuyo apoyo la virtud se funda....  
 si decirse no puede,  
 porque aun al mismo pensamiento excede!

Extraño á su clausura el vano lujo,  
 inútil fuera encarecer su vida,  
 pues con solo nombrar la de un cartujo  
 está ya por el siglo comprendida.  
 Quizá al principio espante,  
 mas si el amor de Dios es grande y fuerte,  
 ¿quién no sigue adelante.....  
 ¿quién lo supremo de su fin no advierte!

El silencio profundo  
 hace olvidar el mundo;  
 la soledad agreste y escondida  
 hace olvidar la vida;  
 forma del corazón todo el encanto  
 de Dios el nombre santo;  
 y si hondas penas el recuerdo evoca,

bien pronto se disipa su ansia loca;  
 que como para Dios no hay imposible,  
 todo lo vuelve dulce y apacible.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Despierto con las aves,  
 cuando con trinos suaves  
 del ardoroso Febo  
 celebran á porfia el rayo nuevo.  
 Salgo á cantar con ellas  
 en dulces himnos las primeras Horas,  
 instituídas en honor de aquellas  
 en que el Verbo divino  
 á el alma abrió camino,  
 y escarnio fué de bárbaros sayones,  
 por romper de mi culpa las prisiones.

Con afecto amoroso,  
 con temor atrevido  
 y con atrevimiento temeroso,  
 llego á el Altar sagrado  
 y ante la Cruz me postro, en que clavado  
 mis ojos miran con dolor profundo  
 al Redentor del Mundo.

Cómo del Pan de la granada espiga  
que al hambriento de amores  
más dulcemente su pasión mitiga,  
y bebo de aquel Vino  
que trueca el sér humano en Sér Divino.

Vuelvo á mi celda, en ella arrodillado  
y con el rostro en lágrimas bañado,  
digo al Dios de los Cielos mil amores  
por los altos favores  
que há poco recibió mi indigno pecho,  
al ser del mismo Dios sagrario estrecho.

Sus piedades alabo  
y empiezo á darle gracias, mas no acabo,  
pues dárselas quisiera  
como el querub en su abrasada esfera.

Aquí á un retablo, cuya imagen santa  
sobre la Cruz al Cielo se levanta,  
con temor reverente  
la cortina descorro, y esplendente,  
aparece la vida de mi vida  
en el Madero con la muerte asida.

Ríndole al punto en líquidos despojos  
el alma por los ojos.....

y al contemplar los suyos apagados,  
y por mi mal cerrados,  
me inmuto de tal suerte  
que más temo la vida que la muerte.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Los ratos de ocio que me ofrece el día,  
hácenme compañía  
dulce y útil los libros, verdaderos  
amigos, los más fieles y más claros,  
pues hablan sin lisonjas ni reparos.  
Mudos maestros son que á el alma enseñan  
el rumbo más seguro,  
para ver lo pasado y lo futuro,  
y su lección sagrada  
hace la soledad más regalada.

Bajo después á mi jardín un rato  
con ansia de aspirar su aroma grato,  
y en útil ejercicio  
la salud de mi cuerpo beneficio.  
Siembro, trasplanto, riego, aliño, cavo,  
y en cada florecilla á Dios alabo  
y, cuando embebecido las contemplo,  
me ofrece cada flor un alto ejemplo.



La de todas más bella,  
del campo gala y del jardín estrella,  
cuya encendida grana  
es luciente arrebol de la mañana,  
la rosa, al sol nacida  
y en verdes esmeraldas concebida,  
muestra sus esplendores  
conquistando el imperio de las flores....  
Mas ¡cuán pronto la abrasa  
el sol ó el huracán que airado pasa!  
¡cómo, al verla morir sin dejar huella,  
hallo mi vida tan fugaz como ella!

La mosqueta, belleza desairada,  
que, ménos ensalzada,  
llora con el rocío por su suerte,  
también como la rosa me lo advierte;  
pues cuanto más fragancia al aire arroja,  
el viento la marchita ó la deshoja!

En el clavel hermoso,  
príncipe de las flores orgulloso,  
régia púrpura advierto,  
que aumenta el lustre del florido huerto.

Sus matizadas hojas,  
que más deslumbran cuanto son más rojas,  
le ciñen con diadema,

del sacrificio y del dolor emblema,  
y el pecho oprime, si la vista encanta,  
como cáliz que al Cielo se levanta.

Lenguas contemplo en el jazmín, que anuncian  
del Hacedor Supremo los favores,  
ricos en luz, aromas y colores.

También allí la albaca  
entre las flores su verdor destaca;  
la argenta el manso arroyo  
y, si mi mano apoyo  
en ella y exhalar su aroma siento,  
del justo la humildad me represento;  
que sus propios dolores la redimen  
y más perfuma cuanto más la oprimen.

El girasol, que amante  
sigue la luz del sol y la refleja,  
también al hombre justo se asemeja....  
¡Como concentra en Dios todo su anhelo,  
siempre su vista está fija en el Cielo!

Extiende en primavera  
sus tallos la gentil enredadera,  
y si sus flores á mirar acudes,  
verás la unión de todas las virtudes,

pues, como ellas, se enlazan  
y, unas con otras entre sí, se abrazan.

Y qué podré decir de la azucena,  
mística flor de perfecciones llena,  
que embalsama el jardín y es en conjunto  
de la pureza virginal trasunto?  
¿Qué de la cicie, que la fé agiganta,  
haciendo amar la idea del martirio?  
¿qué del cárdeno lirio?  
la mortificación austera y santa  
en sus matices brilla.....  
Muestra el amor de Dios la maravilla,  
el espolín, del justo los afanes,  
el silencio los tristes tulipanes,  
la siempreviva alienta la esperanza,  
la campanilla explica la templanza,  
la firmeza el narciso,  
la soledad la flor del paraíso,  
el almendro el fervor, y la verbena  
la compasión que el ánimo enagena.

Humilde la violeta su corola  
abre escondida entre la verde grama,  
la modestia sus timbres acrisola.....  
¡Penitencia es la pálida retama,  
y del rubor emblema la amapola!

Bien claro, Silvio, ves, con qué largueza  
dió á la naturaleza  
sus dones el Señor, cómo retrata  
cuanto es á su poder materia grata,  
cómo en su libro aprende  
el hombre justo y su bondad comprende,  
pues son tales sus obras más sencillas,  
que hay que adorar Su Nombre de rodillas!

Los jueves á la tarde,  
cuando aún el sol sobre los montes arde,  
con mis amados compañeros bajo  
á disfrutar del campo la belleza:  
á la naturaleza  
damos así solaz y esparcimiento  
y, al salir de los claustros del convento,  
donde, por Regla, nunca nos hablamos,  
con entrañable amor nos saludamos.....  
y á todos con la ausencia nos parece  
crece el amor, al paso que ella crece.

Buscamos, al salir del claustro umbrío  
la luz de Febo en el invierno frío,  
calor nos presta en el extenso llano;  
y á la sombra sentados, el verano,  
de los chopos y sauces, cuyas ramas  
cortinas son á sus ardientes llamas,

en puestos diferentes divididos,  
 no atentos al rumor de las ciudades,  
 despreciamos del siglo novedades  
 y tratamos en dulce conferencia  
 del santo amor á Dios, que esta es la ciencia  
 que al provecho del alma más trasciende  
 y en esta soledad mejor se aprende.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Cuando se esconde el sol, y de los montes  
 bajan las sombras á ocupar el valle,  
 y ya del río la veloz corriente  
 ménos se ve en la orilla y más se siente,  
 al toque repetido  
 del sonoro metal que al aire clama  
 y á la oración angélica nos llama,  
 en las verdes orillas  
 hincamos reverentes las rodillas.

Con el Angel el Ave repetimos  
 á la de gracia llena,  
 palma, ciprés, oliva y azucena;  
 á la Virgen divina,  
 aurora, sol y estrella matutina;

á la plánta olorosa,  
 bálsamo, mirra, cinamomo y rosa;  
 á la torre eminente,  
 ciudad, vergel, espejo y clara fuente.

Ya la oración angélica rezada  
 con tan sumo fervor, que hasta las aves  
 parece que la rezan,  
 cuando en silencio á recogerse empiezan,  
 la paz nos deseamos  
 y á la celda tornamos,  
 como el ave á su nido,  
 como piedra á su centro.....  
 ¡porque el gusto mayor se encuentra dentro  
 de lo más retirado y escondido!

Al terminar del día los quehaceres,  
 que humilde ofrezco al Todo-Poderoso,  
 busco en mi lecho plácido reposo,  
 y lo hallo en él, que aunque de duras pajas  
 formado está, y es pobre, y es pequeño,  
 cuando en el alma hay paz, dulce es el sueño!

Pronto la noche de su curso ignala  
 las perezosas horas  
 y, Argos celoso, un monje siempre en vela,  
 del culto centinela,  
 me da luz y me llama

para que á Dios alabe:  
de los miembros sacudo el sueño grave,  
y apresto el alma mía  
á ofrecer al Señor el nuevo día.

Salgo después al coro,  
donde equívocamente canto y lloro.  
¡Canto de Dios la gloria  
y lloro renovando la memoria  
de cuando yo solía,  
en mundanal poesía,  
cantar finezas á la escoria humana,  
ageno á esta grandeza soberana,  
y dando en mi liviano sentimiento  
con toda propiedad voces al viento.

Vuelvo á mi celda y, al rayar el día,  
despierto..... De mis pasos y oraciones  
cuenta, Silvio, te dí: la vida mía  
es cadena de iguales eslabones,  
que amarra la materia al duro suelo  
y con el alma piérdese en el Cielo.

Acaso encontrarás monotonía  
en la igualdad constante de su paso,  
sin atractivo la hallarás acaso;  
mas piensa, ¡oh Silvio! que jamás se agota  
el manantial de santos pensamientos

que en la contemplación sin tregua brota,  
y que ella basta á alimentar del alma  
el anhelo inmortal, siempre fecundo,  
como el ambiente, aun en completa calma,  
basta á llenar la redondez del mundo.

Todo me habla de Dios, en todas partes  
su Omnipotencia está. Naturaleza  
proclama su grandeza,  
y si los ojos al espacio inmenso  
elevas con fervor, nubes de incienso  
juzgarás las que cruzan el vacío  
y naciendo en el mar dan sér al río.

Cuántas veces, dejando de los claustros  
las naves tenebrosas  
que crían musgo entre las frías losas,  
subí hasta la alta cumbre  
de la torre mayor, la roja lumbre  
del sol buscando, y en el ancho cielo  
fijé la vista con ansioso anhelo.

Cuántas..... turbado ante su faz inmensa,  
bajé los ojos y miré á la extensa  
llanura que recorta el alto monte,  
pareciendo sostén del horizonte,  
y quedé absorto ante el paisaje bello  
que destacaba el sol con su destello.

Bajo mis plantas fértiles praderas,  
y más allá las vides en hileras.  
á guisa de soldados  
de anchas y verdes plumas coronados.  
Sobre mi frente voladoras aves  
cuyas voces, ya agudas ó ya graves,  
parece que con mística armonía  
himnos entonan al autor del día.  
Al lejos el pastor que la cabaña  
apresurado deja  
al oír los balidos de la oveja;  
delante de él los blancos corderillos,  
cuanto más pequeñuelos más gentiles,  
que abandonan triscando los rediles,  
por ir á retozar en los tomillos.  
Y luego, el labrador que hinea el arado  
en la esponjada tierra,  
que con la voz anima á su ganado  
y abre ancho surco en cuyo seno encierra  
el grano y se asemeja á extensa herida  
que venero será de ópimo fruto  
allá de Mayo en la estación florida.

Cuadro tal enagena mis sentidos...  
mas si, después de contemplarle, elevo  
la mirada otra vez, encanto nuevo  
hallo del firmamento en la ancha esfera:

hondo fervor del alma se apodera,  
y ante su espléndidez anonadado,  
todo lo olvido y rezo arrodillado.

Sí, Silvio, sí, la inmensidad asombra  
y ante ese más allá, que al hombre aguarda,  
todo es delirio, vanidad y sombra.

Esas mismas bellezas que esplendentes  
ostentan ríos, árboles y fuentes,  
ese sol que ilumina la campaña,  
esos montes que al lejos se divisan,  
en lengua perceptible, bien que extraña,  
mi pequeñez me avisan...  
En la vicisitud que el tiempo ofrece,  
la mayor ilusión se desvanece;  
y su constante y desigual pelea  
bien claro está diciéndome que vea  
cómo se pasa todo,  
sin que se advierta ni perciba el modo!  
A la aurora sucede el sol dorado,  
la tarde á la mañana,  
y á la tarde la noche, horror del día.  
Al día la semana,  
luego los años y por fin los siglos,  
en cuyo seno iguales  
somos ¡oh Silvio! todos los mortales.



Con estas infalibles enseñanzas,  
en que doy á mi espíritu reposo  
aliento mis eternas esperanzas.  
Desprecio así del hombre más dichoso  
los gustos, las riquezas,  
los amores, los timbres, las grandezas.....  
¡cuanto del poderío en la alta cima  
como supremo bien el hombre estima;  
que todo viene al fin á rematarse  
solamente en salvarse ó no salvarse!



## Obras de Hermilio de Olóriz.



	<u>Pesetas.</u>
<i>Fundamento y defensa de los Fueros</i> (agotada).	
<i>Resumen Histórico del Reino de Navarra</i> . . . . .	1
<i>La cartilla foral.</i> . . . . .	0,10
<i>La cuestión foral</i> (agotada).	
<i>Laureles y siemprevivas</i> (poesías y poemas). . . . .	3
<i>Aula de Dios</i> . . . . .	0,50

